

ALMAS SIN POESIA

A Manuel Monterrey, uno de los más exquisitos valores poéticos.

EL mes de Mayo es el que de todos los meses del año me gusta más, porque al influjo de su Sol se palpan las más bellas realidades.

Abren capullos en lindas rosas, cuaja el grano en espigas, la amapola matiza en rojo de vida la mies, los senderos de los jardines marcan exactamente cenefas sinuosas sobre la fina arenilla, canta el pájaro, la mariposa liba su alimento en las flores, el poeta se inspira, el enfermo mejora... ¡qué se yo!

¡Y que haya seres que en presencia de tanta grandeza no sientan allá en lo recóndito de su ser ese algo que nos conmueve llenándonos de supremo contento!...

Desgraciadamente existen, y muchos. ¡Pobrecillos! Me inspiran compasión porque estas personas atraviesan el meridiano de la vida sin gozar de la más sublime de las sensaciones. La que llega al alma.

¿Qué dice para estos pobres el soberbio espectáculo de un paisaje en calma al declinar el día? ¿Y qué de ese cielo guateado en densos nubarrones por donde arroja llamas luminosas? ¿Qué le dirá el grandioso cuadro de las montañas? ¿Sabe describirnos con alma los furiosos del Océano, los precipicios insondables y las rocas escarpadas?

No; estos seres de espíritu inanimado no saben del lenguaje vivo de estos motivos de la Naturaleza, ni se extasían ante la fastuosa presencia del Arte en los museos, etc., etc.

Ni ven ni saben admirar más que aquéllo que únicamente les habla a la materia.

Pongamos por caso: Una de esas personas emprende un viaje; viene a Sevilla. ¿Creéis que al regreso os hablará lleno de contento de las magnificencias incomparables que guarda esta ciudad que no tiene par? ¡Os equivocáis! Ni siquiera le ha conmovido la joya esplendorosa del Parque de María Luisa en este mes de Mayo borracho de luz y aromas, ni ha visto la plata de los troncos de los álamos que se abren en frondas de un color cobre y oro como el que cincela la plata oxidada de las medallas de la Virgen de la Macarena, ni tiene ojos para contemplar los racimos de los crisantemos que parecen pétalos rizados de todos los colores del iris... Y lo más grandioso, ignorar la noche cuando ésta arroja la ciudad y la enlutada dama prende a su velo el broche cincelado donde engarza la luna su preciosa perla y baja a bañarse en los estanques tranquilos de las fuentes...

Como tampoco sintió el hechizo en esa hora callada, cuando la ciudad duerme y solo se advierte algún que otro trasnochador enamorado, abrazado a la guitarra, que prendido todavía en el encanto

de unos ojos de azabache de la mocita tras la reja, camina rasgando el silencio con notas de un fandanguillo que son besos lanzados al viento y que aún alcanza a recogerlos la enamorada de los castos ojos.

Desengañaos, a su vuelta os contará la historia detallada de los contratiempos que nunca faltan...

El taxista que amablemente lo lleva de un lado para otro con la noble intención de mostrarle cuanto digno es de admirarse, y al final, claro, el taxímetro marcó una cantidad que al viajero se le antojó de estafa. En otro lugar, otra cosa por el estilo y es que no tiene paladar y estas nimiedades le amargaron el viaje dejándole recuerdos desagradables. Lo otro no tuvo para él la menor importancia, lo que se refiere al Arte, que lo que se relaciona con la Naturaleza.

Almas sin poesía, corazón sin ilusiones. ¡Ah!, qué dignos sois de lástima.

MANOLA PEREZ DE PEREZ DE VILLAR

"Flor lunada"

A mi recuerdo.

Era una noche de luna dormida...
me dijeron las estrellas que era muerto...

—Mudos carámbanos de nieve
dormían junto a mi cuerpo.—

Sollozante gemía la brisa
deshojando en la sombra mis versos.

Todo era paz sobre mi tumba,
soledad y silencio.

Todo quietud en la noche...

sólo un lamento,
flotante en las nubes,
repetían los vientos...

—Triste y doliente epitafio
vagabundo en mi sueño.—

...eso queda de mi vida;
solamente un recuerdo.

VENTURA LEONARDO